

Vivir

Muriel Villanueva, hija de una lesbiana divorciada, recuerda en plena luna de miel su vida en un hogar presidido por dos mujeres. Hace unos días, se casó con Eduardo

ISABEL URRUTIA BILBAO

Acaba de volver de un crucero y todavía le da vueltas la cabeza: se casó hace dos semanas con Eduardo, ha recorrido el Mediterráneo y está a punto de irse a la Costa Brava. Muchas emociones, incluso para alguien como Muriel Villanueva Perarnau. Tiene 28 años y una historia que contar. Creció en el seno de una familia valenciana tradicional hasta que su madre rompió amarras con la hipocresía social y se lanzó a la aventura. Muriel apenas tenía tres años cuando su padre se fue de casa al saber que su mujer era lesbiana. No fue una separación traumática, sino más bien un sacrificio. Pepe y Eva eran novios desde la adolescencia y «nunca han dejado de quererse», reconoce su única hija.

Los dos rehicieron sus vidas, y la pequeña se quedó con la madre. Muriel no conserva ningún recuerdo de la ruptura conyugal, pero sí tiene muy presente a quien le dio, poco después, «todo su afecto y la fuerza para salir adelante». Y es que Amparo llegó a la casa de Eva con el corazón rebosante: enamorada y dispuesta a conquistar a la hija de su pareja, se desvivió por las dos mujeres que más le importaban. Tenía veintiséis años, era profesora de matemáticas y por su familia podía multiplicarse.

Un secreto a voces

«Amparo hacía lo imposible por visitarnos. Hasta mediados de los ochenta, no pudo vivir con nosotros por razones laborales. Durante un tiempo, tuvo plaza en un centro de Andalucía y luego en un pueblo de Alicante. Eso sí, venía todos los fines de semana y las vacaciones las pasábamos juntas». Muriel era afortunada con dos madres, cuatro abuelos y varios tíos que la adoraban. Veía a su progenitor cada quince días y cuando no estaba con él, «tampoco lo echaba en falta». Hubiera sido una niña feliz de no haberse encontrado tan sola. Fuera de su familia, no podía confiar en nadie.

Ninguno de sus compañeros del colegio sabía que era hija biológica de una lesbiana. «No poder hablar de nuestra naturaleza familiar me provocaba mucha tensión... A veces se me escapaba llamar 'madre' a Amparo, y ella no podía pasar de ser la 'amiga' de Eva». Es lo que le habían inculcado para evitar que la rechazaran. «Lo tenía grabado a fuego y de niña jamás me salté la norma». Inocente y siempre con miedo, nunca se le ocurrió culpar a su madre. «Ni se me pasó por la cabeza, todo lo contrario. Lo que sentía era una profunda pena por ellas. ¿Por qué no las entienden? ¿Qué tiene de malo que se quieran? No me planteaba nada más, yo no podía reprocharles que me educaran y dieran todo su cariño...».

«Mis madres me enseñaron el valor del amor»

Era tan sobreprotectora, que incluso callaba lo que, en ocasiones, resultaba un secreto a voces. Tenía catorce años cuando les pidió permiso para revelar la verdad a una amiga que solía dormir en su casa. «Ella sabía que en la

habitación de Eva y Amparo había una cama de matrimonio y su padre conocía de toda la vida a mi madre. Aún así, no se me ocurría que pudiera sospechar qué relación había entre las dos». Tras mucho cavilar no se lo con-

fesó, convencida de que «estaba al corriente de todo, no le importaba y siempre sería mi amiga». No se equivocaba.

Esa convicción alentó su fe en el prójimo y el «ambiente 'progre'» de su instituto le dio el último

empujón: «Se lo conté a más gente, ya que de repente me convertí en alguien 'superguay'; tener una madre lesbiana era como muy moderno...». Fue una época agitada para Muriel. Exhibicionismo y afán por no desentonar dentro de la cuadrilla, rebeldía y miedo a la separación de sus madres, primeros amores y desengaños... se sucedían como un torbellino que no dejaba títere con cabeza. Sus madres se compraron el libro '¡Socorro! Tengo un hijo adolescente', lo leyeron de cabo a rabo y se armaron de valor.

«Era lo que tocaba. A esas edades, llevas el espíritu de la contradicción en el cuerpo. Yo recuerdo que tenía muchos 'rebotes' con Amparo, porque era ella quien se encargaba de mi formación. Mi madre era muy blanda, Amparo en cambio me imponía una dis-



VERANO DE 1980. Muriel, en brazos de Eva (a la derecha) y Amparo. Eva, su madre biológica, llevaba dos años separada.

«En 1978, le confesé a mi marido que me gustaban las mujeres»

I. URRUTIA BILBAO

«Mi hija tenía dos años cuando decidí liberarme», recuerda Eva. El primero en saberlo fue su marido: «En 1978, le confesé que me gustaban las mujeres». Pepe no dijo nada y le dio un abrazo. «Si yo era capaz de resignarme, quería que siguiéramos juntos». Pero se negó por

coherencia y cariño hacia el padre de Muriel. El hombre que la había llevado al altar en 1974 no se merecía «una lesbiana, sino alguien que pudiera amarlos de verdad».

Ella tenía muy claro lo que sentía, aunque nunca había tenido relaciones sexuales con otra mujer. A los 12 años, ya le gustaban las niñas y no tardó en descubrir que esa

atracción era más fuerte que su voluntad. «Se trataba de mis sentimientos, de algo muy profundo que yo no podía extinguir». Pese a todo, consiguió llevar «una vida social clásica»: trabajaba en el negocio familiar de cuadros y marcos, tenía novio y muchos amigos. Acabó vestida de novia y cogida del brazo de un chico que no sospechaba hasta

qué punto su amor era ciego.

Eva se había blindado contra su entorno. Nadie –absolutamente nadie– intuía lo frágil que era su equilibrio emocional, ni siquiera ella. «Me forjé otra personalidad, anulé mi verdadera forma de ser. Así llegué a creer en mi matrimonio». En medio de esa farsa, lo único auténtico era su instinto maternal. Dos años después de su boda, al nacer Muriel, se le cayó la venda de los ojos. «Tengo la impresión de que logré bloquear mi sexualidad hasta 1976 porque, de manera inconsciente, quería tener un hijo costase lo que costase».